

El *flâneur* en la ranura #Post 666: El *spleen* de las ciudades desaparecidas.

ELVIRA MARÍA DIANNO

1. De *dandies*, *flâneurs* y multitudes

Uno de los nombres que le di a mi gusto por escribir acerca de algunas cosas de la vida en las ciudades -con las que me encuentro paseando, en los diarios o desde el balcón- es “*El flâneur* en la ranura”. Como quien mira por la ranura de una ventana, en la luz que queda entre los paños de las cortinas, en un bus, un espejo retrovisor, una ventanilla de avión, un auto de alquiler o tras las gafas de sol.

Flâneur es una palabra que vino a mí de la mano de un joven artista que me instruyó acerca de dos personajes de las ciudades: el *Dandy* y el *flâneur*, y esta nombró -tiempos después- algunas de mis escrituras azarosas, que calman algo que me inquieta o me sorprende. Una suerte de postales de escrituras. Desde ese encuentro me ha entretenido, también, detectar *dandies* y *flâneurs*.

Dandy es aquél que hace de su propia figura, de su propia identidad, la mayor de las obras de arte. Ser dandy es depositar el

ser íntimo en territorio estético, y desde ahí situarse en un imaginario borde de lo social, de lo cultural, de lo político (Casullo y otros, 1999: 325)

He visto *Dandyes* y *dandyes*, unos de gran porte y otros amateurs, a mitad de camino entre burgueses, aristócratas y *snobs*.

El dandy es lo opuesto al romántico, en cuanto a su sofisticación, a su falta de utopía, a su desconsideración por las angustias sociales. (...) odia lo vulgar, lo ramplón, la opinión de las masas, la propia democratización de la cultura... propone su propio e inalcanzable refinamiento de ideas, conductas, actitudes, arbitrariedades. (Casullo y otros, 1999: 325)

A los amateurs, los he visto hablar y andar ampulosamente como quien usa un traje prestado, cierto es que encontrarse con un Dalí, vestido de Dalí, no es cosa frecuente.

Moralmente se sitúa más allá del bien y del mal en relación a la hipócrita y filistea cultura burguesa y su escala de valores. Su personalidad es su gran y manifiesta obra de arte: sus expresiones, vestimentas y modales. Lo bello aristocrático casi parodiado, y desde esa pose, su desprecio por lo natural, lo espontáneo, lo instintivo (Casullo y otros, 1999: 325).

Así y todo, en cualquiera de sus versiones, no es difícil detectarlos. Pero a los *flâneurs*, no me es tan sencillo descubrirlos, al *Dandy*, de lejos se lo ve venir, uno en la multitud, abriéndose paso pero, el *flâneur*, suele pasar desapercibido y hace falta oírlo hablar o leerlo, llegado el caso. Por supuesto que hay en todas las versiones.

El *flâneur* es el que flota en la ciudad, la recorre, la mira, la visita diariamente. Es aquel observador anónimo que goza de los es-

caparates, de las multitudes, de las galerías con negocios y cafés, de los paisajes urbanos. (Casullo y otros, 1999: 325)

En la ciudad donde vivo hubo un famoso flâneur, Raúl (a) Tito Muffarage, escritor y caminante, amigo de Juani Saer con quien jugaba a las cartas, pues Raúl Tito García del Solar Boffarelle Barcatti Baffatracci, así firmaba Tito, publicaba sus textos mimeografiados por él mismo y contaba los secretos de burdeles, políticos y psiquiatras sin eufemismos ni metáforas. Saer, cual *flâneur* en el exilio en París, habla de él y otros conciudadanos en su obra.

Disfruta de deambular por los laberintos de la ciudad, perder y reencontrar los lugares. Descubrir en ese arte solitario, ciudadano, repetido, el alma, el corazón de una época de contrastes, de claroscuros, de miserias suntuosas y miserias de los arrabales pobres. (Casullo y otros, 1999: 326)

Santa Fe, capital de provincia cerealera, está habitada por “patricios del norte”, así los llaman los lugareños de Rosario, la Chicagolandia argentina. Con aires de herederos de alcurnia, los patricios, conviven con descendientes y seguidores de los fundadores de la nueva trova del cine latinoamericano, Fernando Birri otro nativo que recaló en París, al igual que el célebre músico, Carlos Guastavino. Una estirpe de músicos, literatos, cinéfilos, gente del teatro circula por sus salas siempre llenas y pobladas de jóvenes artistas, diseñadores, vestuaristas y realizadores locales.

Abrazada por ríos en todas sus márgenes, debe el visitante cruzar algún puente o túnel, uno subfluvial, raro en su especie; otro colgante, muy londinense, y el carretero, más sencillo. Una ciudad a la que los ríos suelen avasallar.

Al ritmo impuesto por las oficinas públicas y el horario de comercio partido lo contrarrestan los cientos de bares, pubs, cervecerías, restau-

rants y carritos siempre llenos hasta la madrugada, donde se mezclan patricios, artistas y las clases medias. Esa es la ciudad del Este, la que mira al río Paraná y a Europa, la de la pampa gringa.

Pero al Oeste, y hasta las orillas del Río Salado, un tercio de sus habitantes vive en calles de tierra, caseríos sin agua -frío, abandono y despojo, barro y paja- sobre basurales o al costado. Ni *dandies* ni *flâneurs*, *survivers* pero, sin embargo, la música que los habita -la cumbia villera- suele inundar los coquetos bulevares y fiestas del Este, pero no viceversa. Un cercano *farwest* de cartoneros, cuida-coches y changarines que mira a Latinoamérica, la de los criollos.

A *dandies* y *flâneurs*, se los encuentra en el Este, y ambos necesitan de una ciudad, sus calles, sus multitudes.

Edgard Allan Poe, describe en su cuento “El hombre de la multitud”, lo específico de su género de *flâneur* detectivesco, que mira detrás de una ventana, pero se lanza a la ciudad tras los pasos de un vagabundo, entreverado en la multitud.

De las multitudes, me ha gustado mirar las esquinas de las grandes ciudades, Florida y Córdoba en Buenos Aires, sentada en un bar viéndolos cruzar el semáforo, de a cientos. Las estaciones de subtes en horas pico, la bajada del metro en Chelsea, Londres - “*mindthewap*” repite la voz en *off*- las largas filas de los museos, los puentes atestados de Venecia, el museo del Vaticano, un tercer domingo que es gratis y la multitud -y la seguridad- obligan a seguir o detenerse.

Me gusta escribir en las servilletas de los bares; en “El Quijote”, Cerrito y Corrientes, la gente de Buenos Aires y sus apuros. Eso me hace caminar más despacio, me detiene a mirar el apuro de la gente que va ensimismada, sin mirar nada, a esos los llamo los alienados, los *zombies*. De estos últimos hay de todas las clases sociales, son los alienados de Marx, el *lumpen* proletariado y la burguesía. A estos últimos el mercado los lleva de las narices y a los otros se los lleva por delante.

Me gusta escribir en los trenes, el que va paralelo al Danubio -Praga, Viena, Budapest- tres Danubios tan distintos, el mismo río y tres mundos distintos. Curiosamente, la vapuleada y bella Budapest, la prima pobre de las tres, tiene sus orillas pobladas de gente gozando de su tiempo libre.

También suelo escribir en el bar de la Plaza Pueyrredón, a cinco cuadras de mi casa, la historia del señor que vende dulces caseros en el Mercado Progreso y fue cadete de un banco y llegó a gerente.

O desde mi balcón, sobre “la loca de enfrente” que se armó una casita bajo el techo del edificio y barre la vereda y toma mates y grita de amor por las noches, bajo la lluvia y el frío.

Hace mucho tiempo descubrí que una de las cosas que más me gustaba era llegar a una ciudad que no conocía, casi tanto como volver a una, a los mismos lugares, como si fuera de allí.

Una sola vez fui a una cancha de fútbol y no vi el gol por mirar la gente que cantaba y saltaba toda-junta, me he distraído en recitales, procesiones y marchas viendo la multitud, es como un embrujo irresistible.

De modo que en una ciudad conviven en sus calles -y tras las ventanas- multitudes, *dandies*, *homeless*, aristócratas, *survivers*, artistas y *flâneurs*. Algunos son zombies alienados y otros no.

2. La desaparición de las ciudades

De la noche a la mañana -y sin intervalos- aquí en el *sursur* de ese planeta que suponemos existe y habitamos, la ciudad desapareció: calles vacías, puentes desolados, persianas bajas de oficinas públicas, escuelas y negocios, se apagaron sus ruidos, murmullos y ajetreos. El mundo se redujo a ventanas, balcones, mirillas y pantallas.

El planeta es una suposición, como las galaxias, por más megapixelados tours virtuales que hagamos. Solo Gilgamesh el Inmortal hubiera podido recorrer todas sus aldeas y, sin embargo, en el tiempo

que le hubiera llevado, tal vez algunas hubieran desaparecido antes de su llegada. Él también hubiera tenido que confiar en juglares, leyendas, mitos, registros en pirámides y, llegado el tiempo, los científicos y la Big Data de las *iclouds* y -por qué no- las *fakenews*. Después de todo, al tanto de que la verdad es mentirosa, casi todo puede ser una *fakenew*.

Las ciudades que habitamos también son una suposición, nadie puede estar al mismo tiempo en todas sus aceras, confiamos en relatos de otros, el GPS y el *google map*. Las ciudades no son solo arquitecturas que sobreviven a sus habitantes y pasajeros en tránsito. Son parte del mito urbano que las nombra y, quien va en busca de una de ellas, lleva en su maleta lo que de ellas se dice, para constatarlo y hacer el recorrido guiado por sus iconos históricos, sus delicias *gourmet*, sus museos y su gente. Las ciudades son el lugar del inter-juego de muchas ficciones.

Cada uno en su ficción, habita en su propia ciudad: un barrio, el *neighborhood*, la vecindad, el recorrido cotidiano, veredas de la infancia, proveedurías, bares, templos, la casa de los amigos, algunas plazas, costaneras, cines, teatros, canchas, puentes, la escuela, los árboles, los pájaros. Es ese singularísimo trazado urbano que arma el mapa de la propia ciudad, esa que nos habita con sus ruidos, su smog, sus flores y su música, los bocinazos, el bache de la esquina.

Las calles se transformaron, en un abrir y cerrar de ojos, postales sin *selfies* y la fauna volvió, cual pueblo originario, a sus lugares despojados, y el planeta, tan próximo y lejano, respiró aliviado.

Al son de los megáfonos de la policía, tras los postigos, ordenando quedarnos puertas adentro, se encendieron las pantallas y el mundo se multiplicó en ventanas virtuales.

Las noticias decían que miles de ciudades habían desaparecido y sentí el mismo escozor que al cruzar la Piazza San Marco, vacía, a las 4 a.m. bajo la llovizna, rumbo al aeropuerto. Una extranjera en una ciudad vaciada, un insondable sentimiento de ajenidad, lejos de mi ciudad, lejos de casa.

Pero las noticias habían dicho primero que todos podíamos desaparecer, que el sueño de la inmortalidad en el que cada uno vive, era mentira.

Las ciudades quedaron erguidas como escenografías después de la última función, listas para el desmontaje y los actores se encerraron a esperar.

3. La vida en el ordenador y los *gadgets*

Mi ciudad desapareció y se redujo a lo que pude ver durante sesenta días y sesenta noches por el ángulo de mi balcón, una esquina, dos calles, unos 200 m, ambas veredas, por suerte de circulación E-O, algo del amanecer hasta que oscurece, el sol en los edificios de enfrente.

La primera noche, con la provista hecha para 3 meses, típico de una italiana descendiente de quienes vinieron de la guerra o a “hacerse la américa”, dormí intranquila, el silencio abrupto de mi barrio anclado en el pretendido “Soho” local, no me dejó descansar, eso y la incertidumbre de lo que vendría y ya habíamos visto sucedía en Italia. Era viernes, el último día del verano y el árbol de al lado de mi casa me impedía ver, aún, la otra esquina.

Me levanté y vi, por el balcón que era domingo a la siesta, pero era sábado de mañana, de allí en más una infinita sucesión de domingos a la tarde fue profundizando el silencio, cada vez menos autos estacionados, el bus local cada media hora, lento y vacío. De tantas horas que pasé en el balcón, descubrí un gato blanco que cruzaba la calle a medianoche y perros que ladraban a lo lejos y advertí que se habían ido palomas y horneros y aparecieron otros pájaros, pequeños que, anidados en el aire acondicionado, no me dejaban dormir. Pensándolo bien, parece que duermo mejor con el bullicio urbano.

Mientras mi rutina se iba adaptando, hasta los más ínfimos detalles, a mi nueva vida coronavirus, llegaron los *deliveries* por el balcón, las

videollamadas a toda hora con amigos de siempre y los olvidados, una agenda de llamadas que confirmaban cada día que -en el mundo- las ciudades habían desaparecido, pero que cada uno estaba allí, cuidándose, *#stateacasa* en todos los idiomas era el top *trending* de esos días.

Mis vecinos no son como los italianos, ni como los españoles, ni como los porteños. No cantan Bella Ciao, ni aplauden a los de la sanidad, ni baten cacerolas desde sus balcones.

Así que mi vida social “de cuerpo presente” se redujo a la conversación con los *deliveries*, una vecina que tiene el perro más paseado del mundo y un par de policías que habían frenado y amonestado a un motociclista por circular atentando contra la salud pública, se me dio por defenderlo. El joven llevaba un cargamento de pañales.

La virtualidad no rompe el lazo, sino que lo pone a prueba, puse en las portadas de mis FBs., mientras intentaba convencerme que podríamos vivir en las redes, después de todo, había que entender que este tema del virus exigía un gran esfuerzo, y no sólo de poesía.

Joy, gozo, eso se advirtió en el encuentro por las pantallas en las salas de los zooms: plagadas de fotos carnet, micrófonos encendidos, como un bullicioso vecindario de amigos y colegas de todo el mundo.

Esos eran los nuevos balcones y el reemplazo de la insoportable espera en aeropuertos y terminales, el gasto de tiempo y dinero en los traslados y hoteles, convertidos en albergues temporarios de quienes regresaban de sus viajes por la inhóspita Europa, ¿a quién se le ocurre irse a China o en un crucero?! Una suerte de xenofobia a los probablemente contagiados y sus “contactos estrechos” empezó a anunciar lo que luego veríamos, con horror, cómo se colaba entre nuestros frágiles lazos y aniquilada solidaridad.

El miedo al otro, al prójimo próximo, tenía de dónde agarrarse y contagiarse más que el tan temido virus, los cimientos de la nueva anomalía se estaban cavando.

Mientras tanto, las versiones apocalípticas y mesiánicas iban desde el fin del mundo, el complot, la sociedad del control, el fin del capitalismo, las guerras del hambre, la invasión de los extraterrestres.

Cualquier versión mefistofélica es infinitamente mejor que aceptar que no hay Otro. Si hay el diablo, hay dios y alguien podrá salvarnos.

Los traficantes de barbijos y testers tiraron por tierra rápidamente toda ilusión del advenimiento del hombre nuevo. La escasez de laptops, gadgets y bicicletas marcó hacia dónde íbamos.

La nueva a-normalidad empezó a perfilarse en las clases y las consultas virtuales, los *teleworkers* y los barbijos, la circulación restringida: los horarios mutantes, el número de DNI, la edad, las actividades esenciales. Las segregaciones se transformaron en un verdadero abismo: la digital, la laboral, la sanitaria. El kit básico de las cuarentenas sin duda incluía casa, agua, jabón, trabajo y *wifi*. Los condenados de la tierra, una vez más, constituirían la verdadera población en riesgo.

Nuevos bordes de nacionalismos reducidos a cada aldea, acompañando las estadísticas y la nueva lengua popularizada desde las noticias: exponencial, curva, aplanar, fase X, des-escalamiento, rebaño, contacto estrecho, inmunidad, plasma, flexibilización, ah ¡y el nuevo #666! Que no me animo ni a nombrarlo, pero empieza con C y termina con ovid y porta el número 19.

Al miedo y el silencio tras los muros, le sucedió el hartazgo, a menos muertos menos miedo, más intolerancia. Al cierre de esta edición, ni la pandemia ni el pico ha llegado a mi ciudad ni a 20 provincias, donde vive la mitad de los pobladores del país que tiene el 8vo territorio del mundo. En esos territorios, el aislamiento ha sido respetado pero el otro 50%, apilado en la Reina del Plata y sus condados aledaños, a punto de explotar, no consigue soportar las condiciones. Vivir en grandes ciudades tal vez haga más difícil prescindir de ellas.

Vivir en el *sursur* había tenido, esta vez, una ventaja, adelantarnos y equipar la salud, pero la realidad que venía, otra vez, desde el *norte-*

norte empezó a resquebrajar la nueva ficción o ¿qué es sino la nueva a-normalidad? Barbijo sí, barbijo no, el virus se contagia por el aire, no se contagia por el aire. Los supuestamente inmunizados pueden volver a contagiarse, hay rebrote en Wuhan. ¡¿Y qué será Wuhan?! Dice la leyenda que es un lugar donde la gente come murciélagos, y estos *wear* mamíferos, cual vampiros, te envenenan la sangre, como el mosquito del dengue. Muy raro todo.

El Papa, *bytheway* argentino, solo en la Plaza, en Semana Santa, esa sola imagen vale por mil millones. Ni Dios ni Ciencia, solos. Sabíamos que no había Otro, pero nunca como ahora había quedado tan claro. Ni Otro, ni otros, ni ciudad, mucho menos multitudes.

Las escuelas y universidades a fuerza de desigualdades y esfuerzos de docentes, familias y *schoolers* mantuvieron esa ficción a raja tabla, a costa de extenuar a unos y otros tras las pantallas, pero, marcando una salida, volveremos a las aulas, no de la misma manera, con aulas y horarios reducidos, medidas de seguridad, nada de cotorreo en baños y recreos, alcohol en gel, sistema semi-presencial.

Showmustgoon, que nada se pierda.

Era el anuncio de las ciudades que vendrían después de las ciudades desaparecidas.

Y me pregunté, ¿adónde habrán ido los *dandyes*? ¿Y los *flâneurs*?

4. Las ciudades intermitentes

Las flexibilizaciones de las cuarentenas me hicieron caer en la cuenta que “flexibilidad” tuvimos para entrar en cuarentena y que era una condición para salir de ella. Las nuevas costumbres *indoors* sacaron a la luz goces perdidos o desconocidos, cocinar, el bricolaje, vestirse de la cintura para arriba, para las pantallas, mirar más series, limpiar placares,

disfrutar de más tiempo en casa. Pero no todo es *home sweet home*, tanto tiempo juntos bajo el mismo techo tiene sus desencantos.

Me enteré, por el balcón, que la ciudad intermitente estaba apareciendo, más autos, buses con pocos pasajeros tras barbijos, algunos ruidos de máquinas, el señor de la otra cuadra que sale a caminar con su andador por la bici-senda. El árbol de al lado, ya deshojado, me permitió ver la esquina del este y el murmullo del viento y las hojas secas me confirmaron que el otoño estaba en su lugar.

El día 63, salí por primera vez, pertrechada como para una guerra bacteriológica en mi auto, que había permanecido quieto, aislado y sin chistar. Ventanillas cerradas, barbijo, guantes, alcohol en gel. Fui a hacer el recorrido por la ciudad que habito, ese que cada uno hace con la máquina en automático. Salí a ver la Laguna Setúbal, el diario decía que se estaba secando. Ese lugar es la postal más icónica de Santa Fe, bajo el puente colgante, donde todos los discursos se encuentran: la cumbia y la sinfónica en concierto, las marchas de docentes, los pro-vida, les verdes, les LGTB, los del campo, la maratón acuática, los *runners*, Colón y Unión. Todas las marchas pasan, comienzan o terminan allí. Salí a ver si la ciudad estaba. La escenografía natural impactada y los negocios casi todos cerrados; los pocos vecinos, silenciosos, tras tapabocas, en filas de distanciamiento. Regresé, conmovida, a la seguridad de las pantallas y el balcón.

Por las redes supe que, en cada lugar, el manual de permisos para salir era distinto y provisorio.

El día 73, hice el mismo recorrido, mismo disfraz, pero compré plántulas de flores, para el balcón. La noticia de tantos días sin circulación del virus en la ciudad había animado a muchos a deambular, distantes y silenciosos, pero el balcón ya no era el mismo, ni las pantallas, las videollamadas mermaban, los memes desaparecían, el zoom ya era un hábitud más de familias, amigos y colegas. Negocios cerrados y reconvertidos en *takeaway* en las redes. La nueva a-normalidad estaba entre nosotros.

El día 85 se permitieron las caminatas, los encuentros familiares y afectivos el fin de semana, volví a salir, pero no estuve con nadie, solo salí a ver si la ciudad había aparecido y vi la plaza llena con grupos sentados en círculos y, curiosamente las palomas volvieron a mi balcón y los pájaros a mi barrio, seguramente habían decidido pasar la cuarentena en la plaza, porque estaba vacía.

A la semana siguiente, la noticia de los bares y restaurants abiertos me devolvieron el alma al cuerpo, solo que las condiciones requeridas me perturbaron un poco, no había manera que volviera a un bar con tanto protocolo. Dejar registrado el paso por un bar me parece que hace desaparecer lo propio de algunos lugares, la primera cita, las citas a ciegas, las que rompen las reglas, la de los que tejen negocios, ni besos, ni abrazos, ni discusiones. Todo esto en el entendimiento de que el registro persigue fines epidemiológicos de cuidado de posibles contactos estrechos en caso de un rebrote. Pero hay algo de la intimidad de esos lugares públicos que se ha perdido.

Pero, en fin, las noticias que llegan acerca de que a los controles de metales, químicos y envases de más de 100ml, se le sumarán los de temperatura y olfato para poder subir a un avión me hacen pensar que sí, las ciudades en las que solíamos vivir, desaparecieron y que trasladarse a otra, será historia antigua, para muchos. Habida cuenta que ir de una provincia a otra requiere 14 días de cuarentena, es como ir al exterior.

Nos hemos mudado a las ciudades intermitentes, que podrán volver a Fase 1 cuando sea necesario, con la salvedad de que habremos aprendido a vivir de esa manera. Las ciudades aparecerán y desaparecerán, al menos es lo que se anuncia.

“Pensábamos que éramos libres y ahora nos damos cuenta que solo teníamos permiso”, oído al pasar de una niña de 10 años.

Permiso para abrir la puerta para ir a jugar, dice la ronda infantil, permiso para ir a *flâneaur*. ¿A qué va la gente de mi comarca a tomar un café al centro los sábados a la mañana, o a la costanera los domingos,

al boulevard, las plazas, las avenidas, los bares y restaurants? Pues a ver a otra gente pasear.

¿O qué hacen los viajeros del planeta? ¿Van sólo a ver la Gioconda y la tour Eiffel o a los parisinos que *flâneurean* en esas sillas de esterilla mirando la calle y no su partenaire, a ver los romanos en sus motos y autos a los gritos por la calle y a los elegantes ingleses del Soho, o solo a ver la ahora vallada Fontana di Trevi y el Big Ben? Dicen que vuelven los autocines ¿por qué se llenarán habiendo tantas plataformas domésticas que los suplanten?

La vida contemporánea tiene mucho de *flâneur* para quienes eligen las ciudades y no la campiña ni los barrios privados. Ver la gente pasear, en un recital o en las canchas, es el espectáculo de las ciudades, pasear o participar de ello es ser, además, un actor de esa ficción.

Un auténtico Flâneur es *rara avis*, no hay tantos Baudelaires en este mundo, pero amateurs hay a montones, aun cuando lo ignoren, como la que suscribe.

Atuendos de bioseguridad en *composé*.

4. Spleen

Spleen del griego *splên*. En español Esplin. Del inglés *spleen*, “bazo”, “melancolía”, este del lat. *splen*, y este del gr. *σπλήν splén*. Melancolía, tedio de la vida, según la definición de la RAE.

En inglés, bazo, alude a la teoría de los humores y figurativamente se refiere a un sentimiento de ira y desagrado.

En francés popularizado por Charles-Pierre Baudelaire, había sido utilizado antes, en particular durante la literatura del Romanticismo, a inicios del Siglo XIX. La conexión entre *spleen* (el bazo) y la melancolía viene de la medicina griega y el concepto de los humores. Los griegos pensaban que el bazo segregaba la bilis negra por todo el cuerpo y esta

sustancia se asociaba con la melancolía. Aunque hoy en día se sabe que no es así, la idea permaneció en el lenguaje.

En francés, su uso refiere a “Un estado emocional, más o menos duradero, de melancolía sin causa aparente y que puede ir desde el aburrimiento, la vaga tristeza hasta el *tedium vitae*”. Entre el tedio y la melancolía. Así podríamos decir que están escritos los *spleens* de Baudelaire.

De donde, el *spleen* del *flâneur* en cuarentena, la melancolía de las ciudades desaparecidas y el tedio de un tiempo que perdió sus coordenadas.

Laura Alcoba, escritora, argentina residente en París, autora de *La casa de los conejos* dijo en respuesta a la pregunta del inicio del desconfinamiento: “Los grandes espacios culturales siguen cerrados, como los cafés, los restaurantes, los parques... tengo la impresión de vivir en un París sin París...” (Alcoba, 2020).

Día 93, *Winter is here*, los casos empiezan anunciarse en mi aldea, habrá que esperar la primavera y que vuelvan a florecer los abrazos.

Santa Fe de la Vera Cruz, 23 de junio de 2020

Bibliografía

- Alcoba, L., Pron, P., Harwicz, A., Neuman, A. (2020). “Escritores argentinos radicados en Europa cuentan cómo es la “nueva normalidad” luego del encierro”. En *Infobae*, 2 de junio de 2020. Disponible en: <https://www.infobae.com/cultura/2020/06/02/escritores-argentinos-radicados-en-europa-cuentan-como-es-la-nueva-normalidad-luego-del-encierro/>
- Casullo N., Foster R., Kaufman A. (1999). *Itinerarios de la modernidad* (p. 325). Buenos Aires: EUDEBA.